

*Se mantenía en pie asténica, con la incertidumbre y el dolor de quien se mantiene en pie desbancado y fuera de juego, en jaque mate, porque aquello que lleva en sí, tras de sí, no puede, ella cree, lamentarse ni evitarse. Como quien adolece una enfermedad incurable.*

*La tenía justo delante de mí, pero no me había percatado de su presencia, hasta que sus movimientos involuntarios, rápidos, inquietos, reclamaron mi atención. Eso, y un cierto halo de inseguridad y miedo que desprendía. Se encontraba incómoda en su papel, en su ropa, en aquél lugar y junto a aquella persona. Quizás alcé la vista porque algo en mí la adivinaba y presentía intranquila, aún sin mirarla.*

*En su ojo izquierdo, que permanecía casi cerrado debido a la hinchazón, la huella imborrable de un golpe. Un amplio cerco en tonos malvas que cubría por entero su párpado. Un derrame considerable teñía de un rojo intenso y demoledor su mirada; no así su alma, que más que cubierta, debía estar encharcada de odio.*

*Sostenía una cartera, con el temblor en sus manos y la prisa por escapar en su cuerpo, a la espera de que la cajera le comunicase el importe total de aquellas cinco pesadas bolsas con las que probablemente tendría que cargar hasta casa, porque su cobarde no lo haría por ella ni le propondría compartirlas.*

*En su tobillo, un corazón tatuado. Desgastado. Herido y de mal aspecto. Como superviviente de una guerra sin cuartel. Tal vez ya no era el corazón que una vez, hace años, dejó que esbozaran en su piel, con los ojos vidriosos de felicidad y creyendo en el amor verdadero. O no creyendo que pudiese existir alguna otra cara –suya, de sus cobarde, o del afecto en sí– que no fuese la que en ese momento contemplaba.*

*Hubo un cruce de miradas. Entre ella y yo, entre su cobarde y yo, entre ellos. Tuve que disimular todo cuanto supe para que aquella ira que me explotaba por dentro ante la imagen de un ser tan despreciable no saliese a la luz. Despreciable por sonreír como si no pasara nada, tan irónicamente, cuando hacía sólo algunos días que su mano había caído violentamente sobre ella. Despreciable por creerse superior, con derecho, capaz. Maldije para mis adentros a todos esos cobardes, llena, inundada de impotencia. Y pensé que ojalá su hubiesen quedado tatuadas, pero no en ella, sino en él; no en su tobillo, sino en el puño de este ser vil e infame; y no un corazón, sino algunas letras, que sentenciaran “yo pego a mi mujer”. Y que a cada momento de cada día del resto de su vida le doliese intensamente ese tatuaje, le supurase, le ardiese y le quemase, igual que a ella le iba a doler y a quemar su alma.*

*Y cuando ella se giró para pedirme perdón por la espera y la tardanza en colocar la compra, sólo pude sonreírle de la forma más compasiva que encontré a la vez que le restaba importancia: “No te preocupes”.*

*No te preocupes, no.*

*Y como si hubiese leído mi pensamiento, volvió a girarse y por un momento me asusté y quedé expectante. Pero lo que vino después selló cualquier duda incipiente o no: otra sonrisa por su parte, borracha de temor. La sonrisa... y ella.*

*Belinda Roque Batista*